

*JUEVES SANTO EN LA CENA DEL SEÑOR
9 de abril de 2020. Meditación de la tarde*

HORA SANTA

*Esta oración se puede hacer entorno a una imagen o icono de Cristo,
con alguna vela encendida para crear un ambiente de oración.*

AMBIENTACIÓN:

Nos disponemos a estar contigo, Señor. Nos ponemos en tu presencia y hacemos el esfuerzo de velar contigo. Queremos revivir con emoción y gratitud tus últimos momentos antes de tu pasión y crucifixión. [La oración está pensada para la Iglesia doméstica. En caso de estar solo es fácil hacer las adaptaciones oportunas]

MONICIÓN

Hoy queremos acompañarte, Señor, en estos momentos que preceden a la entrega de tu vida por nuestra salvación. En estos tiempos de incertidumbre y zozobra queremos acoger y profundizar en los tres grandes regalos con que nos obsequias: la Eucaristía, el sacerdocio y el amor fraterno.

Disponnos a la oración en esta nuestra Iglesia doméstica. En este momento nos sentimos unidos a toda la Iglesia y a esta humanidad doliente, que vive con preocupación este momento singular de nuestra historia. Danos la gracia de disponer nuestra mente y nuestro corazón para estar contigo, dejando de lado otras distracciones.

LEEMOS UN TROZO DE EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

«En aquel tiempo, Jesús salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo: «Orad, para no caer en tentación».

Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo:

«Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre.

Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo:

«¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación».

MEDITAMOS

Jesús, ante el momento definitivo de su vida, se rodea de los suyos y estos lo dejan solo, se duermen. ¡Cuántas veces nosotros te dejamos solo, Señor! Nuestras ocupaciones, gustos, aficiones nos ocupan muchos momentos de nuestro día. Encontramos tiempo

para todo, menos para ti. La causa, Señor, es que en nuestra vida hay otras prioridades. Pero de repente, un pequeño virus, trastoca nuestros proyectos y nos llena de temor.

Hoy queremos acompañarte en oración antes de afrontar tu misión decisiva: entregar la vida por nuestra salvación.

Queremos que tú ilumines nuestra existencia y tantas situaciones y personas que necesitan, en este tiempo de modo especial, sentirse queridas por ti, a través de la acogida y de la cercanía que les brindemos tus discípulos.

(Silencio meditativo)

PRIMER MOMENTO CONTEMPLATIVO
«Esto es mi Cuerpo entregado»
Damos gracias por el don de la Eucaristía

MONICIÓN

Hoy no hemos podido celebrar la Misa de la Cena del Señor, nos hemos unido a ella a través de los medios de comunicación.

En aquel memorial de la Pascua, sintetizaste toda tu vida en un pedazo de pan y un poco de vino, signo de tu vida entregada por amor: «Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo».

Cada día en la Eucaristía te ofreces como alimento para nuestro peregrinar hacia la casa del Padre y para construir un mundo fraterno, humano y humanizador. Un alimento que nos alienta a caminar en santidad conscientes de que Dios lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada o licuada.

¡Cuántas veces la Eucaristía no es el centro de nuestra vida! ¡Cuántas veces es profanada de palabra y de obra!

¡Cuántos olvidos de tu presencia en el Sagrario donde siempre nos esperas! ¡Cuántas veces convertimos en un rito vacío que no nos lleva a dar la vida en servicio a los hermanos, como haces tú con nosotros!

Hoy, Señor, queremos adorarte y darte gracias por quedarte con nosotros hecho pan de vida y vino de alegría para nuestro caminar, en este momento difícil para nuestro mundo. Queremos reparar, de algún modo, tantas ofensas y pedirte que no dejes de amarnos. Por eso, oramos juntos diciendo: Te damos gracias, Señor.

LEEMOS UN TROZO DE EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos:

«El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó: «Como os he dicho, me habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Esta es la

voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día».

MEDITAMOS

Vivimos en un mundo absorbido por la utilidad y el pragmatismo. Solo nos preocupa el pan material, los bienes, el para qué sirve o cuánto gano con esto. Tener más, para gastar más y disfrutar más.

Jesús, en cambio, nos habla de un pan diferente que alimenta una vida nueva, una vida para siempre. Un pan que es su vida entregada por nosotros, para nuestra salvación. Hoy también te decimos: «Señor, danos de este pan». Mejor, ayúdanos a descubrir que ese pan es la Eucaristía para que así recupere el lugar central que debe tener en nuestra vida. Que la valoremos y no vivamos regateando tiempo, despreocupados de entender lo que hacemos y por qué se hace.

Señor, que la Eucaristía sea el centro y culmen de nuestra vida, pero no lo único. Que ella nos lleve a comprender la necesidad de formarnos en la fe, para dar razón de lo que creemos y celebramos y testimoniarlo en el servicio a los hermanos. Que ella sea luz para que podamos comprender los tiempos de incertidumbre, de miedo y dolor como este que nos toca vivir. Que en ella encontremos fuerza para abriros a la esperanza. Señor, a ti, hecho pan de Vida, te presentamos en este momento nuestros sentimientos y vivencias y las de nuestros hermanos; el dolor y la esperanza de este mundo que sufre y necesita de tu fuerza, de tu Pan de Vida.

(Silencio meditativo)

SEGUNDO MOMENTO CONTEMPLATIVO
«Haced esto en memoria mía»
Damos gracias por el don del sacerdocio

MONICIÓN

En este segundo momento oramos por los sacerdotes.

«Haced esto en memoria mía», dijo el Señor a los suyos, en el transcurso de aquella cena pascual. Desde aquel instante los ministros de la Iglesia cumplen ese mandato en servicio de la comunidad presidiendo la Eucaristía, centro de la vida de la Iglesia y de todo cristiano.

El santo Cura de Ars se admiraba ante la grandeza del sacerdocio y llegó a decir que si no tuviésemos el sacramento del Orden sacerdotal, no tendríamos a nuestro Señor. ¿Quién le ha puesto ahí, en ese tabernáculo? El sacerdote. ¿Quién la alimenta para darle fuerza para hacer su peregrinación de la vida? El sacerdote.

¿Quién la preparará a presentarse ante Dios, lavando esta alma, por última vez, en la sangre de Jesucristo? El sacerdote. ¿Y si esta alma va a morir por el pecado, quién la resucitará?, ¿quién le devolverá la calma y la paz? Otra vez el sacerdote.

No os podéis acordar de una buena obra de Dios, sin encontrar al lado de este recuerdo a un sacerdote.

En estos días de alerta y confinamiento en nuestros hogares, muchos de nuestros sacerdotes, en los templos vacíos, oran por nosotros y nos presentan al Señor. Se

desviven y arriesgan su vida en los hospitales al lado de los enfermos, cercanos a quien pierde un ser querido, alentando a tantos voluntarios que buscan aliviar el dolor de los que carecen de lo imprescindible para la vida. Ellos, tantas veces incomprendidos, son sembradores de esperanza con su disponibilidad para atender las necesidades espirituales de los que se lo piden y lo necesitan. El sacerdote es sembrador de esperanza estando al servicio de todos. Él, en estos momentos, al igual que Jesucristo, no puede retirarse, ni esconderse ante la cruz, sino que debe manifestar a la sociedad que la Iglesia también sale con ellos favoreciendo la vida. Especialmente mediante los sacramentos, a través de la Unción de enfermos, de la Penitencia, así como de la Eucaristía, aún celebrada en la soledad. A causa de sus miserias, entregan en silencio su vida, por la salud del mundo.

LEEMOS UN TROZO DE EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo:

«Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno.

No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado».

MEDITAMOS

Jesús ora por los suyos a quienes ha llamado y les enviará a llevar su Buena Noticia por todo el mundo, siendo puentes de la salvación y de la gracia de Dios. para los hombres. En esta noche, al igual que Jesús, oremos por nuestros sacerdotes. Ellos, que tantas veces reciben nuestras críticas despiadadas, necesitan mucho más de nuestra oración para permanecer fieles en su debilidad, para no desalentarse ante las tentaciones del mundo, para promover la comunión y ser sembradores de esperanza cuando el temor nos invade. Señor, que estén encarnados en el mundo, pero que no se conviertan en mundanos.

(Silencio meditativo)

TERCER MOMENTO CONTEMPLATIVO

*«Esto os mando, que os améis»
Damos gracias por la fraternidad*

MONICIÓN

La Eucaristía y el sacerdocio son dos grandes dones del Señor en esta víspera de la pasión y muerte de Jesús. Pero él, que pasó por el mundo haciendo el bien y se hizo pan partido para la vida del mundo, nos quiere servidores y que nos amemos como hermanos. Celebrar la Eucaristía implica vivir la comunión fraterna con los hermanos, de modo especial con los más necesitados, y entregarse a su servicio. El amor fraterno se alimenta de la vida entregada del Señor y le hace presente en el mundo al tiempo que descubre en cada hermano a su Señor. Supliquemos al Señor, en esta tarde, para que redescubramos con más fuerza la fraternidad que nos une.

LEEMOS UN TROZO DE EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.

Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros».

MEDITAMOS

Tu mensaje, Señor, resulta revolucionario en nuestro mundo donde cada uno va a lo suyo. Tú quieres que nos amemos, pero no de cualquier modo, sino como tú y el Padre os amáis. Para ello nos das tu Espíritu, admirable constructor de la unidad. En la Eucaristía nos hermanas alrededor de tu mesa y del pan de tu Cuerpo entregado, y nos dejas pastores que nos alienten en el camino de la comunión fraterna.

El mandamiento que nos das en este día es el del amor. La iniciativa parte de Jesús. Él nos amó primero. Su amor es una invitación, un punto de partida para el nuestro; y algo más, es gracia derramada que nos capacita para amar como él mismo nos amó. Su amor es el del Padre, su amor es el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones.

Señor, enséñanos a mirar a cada persona con una mirada fraterna. Como ha dicho el papa Francisco el pasado 8 de marzo, las familias debemos vivir esta crisis sanitaria y humana con la fuerza de la fe, la certeza de la esperanza y el fervor de la caridad. Llamados, en familia, a ser sembradoras de esperanza, construyendo y viviendo la Iglesia doméstica. La Iglesia está en casa, en el hogar, en la familia. Es momento de cuidarnos unos a otros y de practicar la misericordia dentro de la familia y con los más cercanos, empezando por esa maravillosa obra de misericordia que nos llama a «sufrir con paciencia los defectos del prójimo».

No permitas que nuestro corazón se cierre a tantas injusticias que nos rodean y a tantos hombres como sufren. Haz que sepamos reconocer en cada ser humano tu rostro vivo para que te adoremos y te sirvamos por medio de nuestra entrega y nuestra solidaridad.

(Silencio meditativo)

PLEGARIAS (Se pueden adaptar si la oración la hace uno solo)

Hoy, Señor, queremos orar por aquellos que entregan su vida para ayudarnos a superar esta situación de pandemia:

El lector:

Al personal sanitario, que está sembrando la esperanza con su entrega y buen hacer, practicando una medicina humanitaria capaz de defender la vida de los más débiles, acogidos, protegiéndolos y acompañándolos en su enfermedad, aún con el riesgo de sus vidas.

Todos:

Dales fortaleza, Señor.

El lector:

A los transportistas y cuantos con su trabajo en el sector de servicios hacen que el pan de cada día llegue a cada hogar.

Todos:

Guíalos y aliéntalos, Señor

El lector:

A cuantos trabajan en los servicios de limpieza para protegernos del contagio de este terrible virus.

Todos:

Hazles llegar nuestra gratitud, Señor.

El lector:

A los hombres del campo y a las fuerzas de seguridad.

Todos:

Dales constancia, Señor.

El lector:

A los cuidadores de los enfermos y ancianos.

Todos:

Llénalos de tu misericordia, Señor.

El lector:

A los voluntarios que siguen manteniendo la acción caritativa entregando su vida para ayudar a los necesitados.

Todos:

Dales amor y compasión, Señor.

El lector:

A los científicos y a cuantos luchan por la vida.

Todos:

Ilumínalos, Señor.

El lector:

A los que, de modo silencioso, están cerca de quien les necesita.

Todos:

Premia su generosidad, Señor.

El lector:

A los abuelos, a los padres que cuidan de sus hijos, a los niños y a los jóvenes.

Todos:

Llénalos de tu generosidad y amor, Señor.

El lector:

A cuantos, en estos días, perdieron a un ser querido y vivieron este momento en la soledad.

Todos:

Dales la esperanza de tu resurrección, Señor.

El lector:

A cuantos han muerto a causa de esta pandemia.

Todos:

Acógelos en tu descanso, Señor.

El lector:

A todos nosotros, que no debemos olvidar que existe un Dios que cuida de nosotros y nos llama a cuidarnos como hermanos.

Todos:

Danos un corazón sensible a las necesidades del otro, Señor.

ORAMOS CON LA ORACIÓN DEL PADRENUESTRO

HACEMOS EL ACTO DE COMUNIÓN ESPIRITUAL
CON LA ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

Creo, oh Jesús mío,
que estás realmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar.
Te amo por sobre todas las cosas de este mundo
y deseo recibirte dentro de mi alma,
pero no pudiéndolo hacer sacramentalmente,
ven al menos espiritualmente a mi corazón;
y, como si ya te hubiese recibido,
me abrazo y me uno todo a Ti.
Oh Jesús mío, no permitas
que me separe de ti.
Amén

RECITAMOS LA ORACIÓN AL SANTÍSIMO
DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Oh, sagrado convite
en el cual se recibe
al mismo Cristo;
se renueva la memoria de su pasión;
el alma se llena de gracia;
y se nos da una prenda de la gloria futura.

- Les diste, Señor, el pan del cielo.
- Que contiene en sí todo deleite.

Oh, Dios, que nos dejaste en tan admirable sacramento el memorial de tu pasión; concédenos, te rogamos, de tal manera venerar el sagrado misterio de tu Cuerpo y Sangre, que sintamos constantemente en nosotros el fruto de tu redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

CONCLUSIÓN
«Que sean uno para que el mundo crea»

ORACIÓN CONCLUSIVA

Señor, entregaste tu vida por nuestra salvación y nos dejas el gran don de la Eucaristía, el sacerdocio y el amor fraterno, para prolongar en el mundo tu estilo de vida.

Al concluir este momento de oración, dirigimos nuestra mirada a tu Madre, que con el alma traspasada de dolor viviría estos momentos de tu Pasión, para que ella interceda ante ti por todos nosotros, de modo especial por los más vulnerables y golpeados por esta pandemia, diciendo:

Bajo tu amparo nos acogemos,
santa Madre de Dios;
no desoigas las súplicas que te dirigimos
en nuestras necesidades,
antes bien
líbranos de todo peligro,
¡oh, Virgen gloriosa y bendita!
Amén.

En el nombre del Padre,
y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén.

